Escribiendo desde la memoria, Paloma Zazueta, una voz joven de la narrativa sinaloense



La literatura no siempre comienza entre bibliotecas repletas de libros. A veces nace en una casa donde nadie lee, en una comunidad pequeña o en la imaginación de una niña que, antes de conocer las grandes novelas, inventa historias mientras espera el siguiente capítulo de una telenovela. Así inició el camino de la escritora sinaloense Karla Paloma Zazueta Gutiérrez, autora de *Un pueblo negro*, una novela publicada por El Colegio de Sinaloa que la ha consolidado como una de las voces jóvenes más prometedoras de la narrativa regional sinaloense.

Aunque hoy su vida gira en torno a la escritura, sus primeros acercamientos a la literatura fueron modestos. Recuerda que en su hogar no había libros y que sus padres no eran lectores. Fue otra figura familiar quien abrió la primera puerta hacia el mundo de las letras. "Fue mi tía Braulia quien de alguna manera me introdujo al mundo de la literatura", nos cuenta. Más tarde llegarían los talleres de la biblioteca de su comunidad y la fascinación por *El país de Jauja*, una obra que la cautivó tanto por su historia como por sus ilustraciones. Sin embargo, confiesa que no fue una niña lectora. El acercamiento decisivo hacia los libros ocurrió durante la secundaria, cuando llegó a sus manos una novela que cambiaría para siempre su relación con las letras.

"La novela que selló mi destino fue Como agua para chocolate".

La escritura apareció incluso antes que la lectura constante. En la primaria descubrió los versos y las posibilidades de la imaginación, a través de la poesía, en un principio como un juego infantil que, al llegar la adolescencia, se fortalecería como parte de su identidad.

"Cuando me enseñaron cómo funcionan los versos y sus rimas fue un despertar literario para mí".

Pero en la construcción de su sensibilidad también existe una experiencia dolorosa que marcaría profundamente su obra. Durante su infancia, la muerte visitó tres veces en un mismo año la casa de su abuela. Fallecieron un tío, una tía abuela y su bisabuela. Aquellas pérdidas quedaron sembradas en su memoria hasta convertirse, muchos años después, en materia literaria.

"Pasarían quince años más para darme cuenta de que la historia que buscaba escribir ya la había vivido".

A la experiencia personal se sumaron las lecturas académicas. Durante su formación universitaria profundizó en el pensamiento feminista, realizó una tesis sobre Frida Kahlo y comenzó a consolidar una mirada crítica y sensible hacia la realidad de las mujeres. Por ello, no duda en señalar que "leer a mujeres ha sido la influencia más importante para mi literatura".

Hablar de la obra de Paloma es hablar también de Pericos, la comunidad que la vio crecer y que continúa habitando su escritura.

"Siempre me he sentido muy orgullosa de mi pueblo".

Cuando se trasladó a Culiacán para estudiar la universidad, descubrió el contraste entre la vida rural y el ritmo de una ciudad. Esa experiencia fortaleció aún más su vínculo con su comunidad. De hecho, reconoce que gran parte de su primera novela nació precisamente de ese pueblo que la ha acompañado desde su infancia.

"Pericos prácticamente me regaló las herramientas para mi primera novela; el 90% de los personajes están inspirados en personas reales, todas periqueñas".

Sus historias están pobladas por voces, costumbres y afectos que surgen de la vida cotidiana de las comunidades rurales, espacios que considera profundamente valiosos por las formas de convivencia que aún conservan.

A diferencia de quienes planean minuciosamente una identidad literaria, Paloma reconoce que su voz surgió de manera natural mientras escribía. Con el tiempo comenzó a notar que lectores y talleristas identificaban un ritmo muy particular en su narrativa. Algunos lo destacaban como una virtud y otros lo señalaban como una característica inusual para la prosa. Ella, lejos de renunciar a ese rasgo, decidió defenderlo.

"He defendido mis rimas en mi estilo porque la autenticidad para mí es importante".

Esa fidelidad a sí misma se ha convertido tanto en un principio de vida como en una declaración estética.

Un pueblo negro, su primera novela, despertó curiosidad incluso antes de ser leída. El título provocó interpretaciones diversas entre los habitantes de su comunidad, quienes imaginaban una historia relacionada con la violencia o con fenómenos sobrenaturales.
Sin embargo, la autora aclara que el verdadero corazón de la novela es otro.

"Es una historia que pareciera hablar solo de la muerte, pero verdaderamente habla de la vida misma y del amor que perdura incluso después de un puño de tierra en un entierro".

La publicación de su libro representó la materialización de un sueño largamente perseguido. Conserva los recuerdos de cada etapa: la noticia de que sería publicada, las primeras propuestas de portada, las invitaciones para la presentación y, finalmente, el instante de sostener el libro impreso por primera vez.

"Verlo ya en físico fue como tener en las manos un sueño que parecía muy lejano".

La aparición de la novela también transformó su comprensión del oficio literario. Si antes veía la escritura principalmente desde la inspiración, la experiencia editorial le enseñó el valor de la disciplina y la reescritura.

La historia tomó forma con relativa rapidez, pero el trabajo de corrección fue mucho más extenso. Mover personajes, ajustar tramas y revisar capítulos exigió tiempo y constancia.
Por ello sostiene que una de las lecciones más importantes que ha aprendido es que

"incluso las buenas ideas se trabajan para un buen resultado".

Un momento decisivo en su trayectoria ocurrió durante la pandemia, cuando fue seleccionada para participar en un taller nacional impartido por el escritor sinaloense Elmer Mendoza. Entre cerca de setenta participantes, Paloma logró integrarse al proyecto que posteriormente derivaría en la publicación de su novela. Más allá del prestigio del narrador, el principal aprendizaje surgió de su actitud como formador. Lo que más valora de aquella experiencia es la libertad creativa que Mendoza ofrecía a sus alumnos.

"Nunca trató de imponer su estilo o sus ideas para nuestras historias; siempre nos guió desde su experiencia con respeto".

Actualmente trabaja en una segunda novela, proyecto que obtuvo apoyo del Programa de Estímulo a la Creación y Desarrollo Artístico (PECDA) Sinaloa y que espera publicar próximamente. La historia se sitúa en la Revolución Mexicana, pero lejos de los héroes tradicionales. Su atención se centra en las mujeres anónimas que permanecían en sus hogares enfrentando las limitaciones y el machismo de su tiempo.

En una propuesta narrativa poco convencional, la voz principal no pertenece a una persona, sino a un objeto: "La estrella de esa historia no son precisamente los personajes, sino el mueble que funge de narrador".



Paralelamente, sueña con regresar a la poesía, el género con el que inició su camino literario y que espera retomar con mayor formación y disciplina.

Cuando se le pregunta qué desea dejar en sus lectores, su respuesta revela una de las preocupaciones centrales de su obra: la empatía. Le conmueve saber que algunos lectores han llorado con *Un pueblo negro*, no por el sufrimiento en sí mismo, sino porque esas emociones demuestran la capacidad de la literatura para crear vínculos humanos profundos.

"Me gustaría que en mis lectores permaneciera la sensibilidad ante la tragedia ajena".

En tiempos en que la violencia parece normalizarse, considera indispensable recuperar la capacidad de conmoverse por el dolor de los otros.

Quizá por eso su mensaje para las nuevas generaciones resulta tan sencillo como contundente: leer, escribir y reconocer que cada persona guarda una historia que merece ser contada.

"Que no dejen de leer ni de escribir", aconseja. Y añade una idea que resume su propia trayectoria: "Cada escritor lleva un mundo literario dentro".

Desde Pericos, Paloma Zazueta ha demostrado que la literatura puede surgir de los lugares más inesperados. Su obra es una invitación a mirar la memoria, la comunidad y los afectos como territorios narrativos inagotables, capaces de transformar una experiencia personal en una historia compartida.